

Quizás sea mala

Por: Begoña Santos Cortizo

©Begoña Santos Cortizo, 2023

Aviso legal:

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Tabla De Contenidos

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Conclusión](#)

[Otros títulos de la autora](#)

Introducción

¿Es mala Selva?

Recién escapada de un colegio de monjas para terminar el último año de instituto en uno público, Selva se dio de bruces de repente con un cambio drástico de reglas sociales. En el colegio de monjas se defendía por detrás, sin que nadie se diera cuenta de que devolvía una a una todas las fechorías de sus compañeros, pero en el público la gente no le hacía fechorías, las hacía ella a los demás por la propia inercia del otro colegio.

La fama de Selva en el instituto es de malhablada, robanovios, y sincera para matar, si se lo preguntamos a las chicas, para los chicos es una calientapollas de las narices y todos babean cuando les clava sus ojos con interés, o si no lo hace.

Pero el caos llega a su vida cuando le levanta el chico a una compañera, un chico que resulta ser un peligro para su salud y del cual se harta de escapar, hasta que se detiene y se enfrenta. Porque quién busca a Selva Lago, la encuentra.

¡Que disfrutes de mi libro y gracias por descargarlo!

Con mucho gusto responderé tus comentarios.

Begoña Santos Cortizo.

Capítulo 1

Ni soy guapa ni tengo un tipo perfecto, pero dentro de mi imperfección destrono a la pava más pintada.

Y hoy voy a por ella. Porque sí. Porque me sale de mis putos ovarios.

Ni Elva ni María notan nada raro, de hecho, voy de lo más normalita, un vaquero ajustado y un top que deja al aire mi ombligo. Eso sí, mi pecho, sin operar, ciñe escandalosamente el trozo de tela rojo.

Llevo el pelo suelto, sin tintes ni reflejos ni mariconadas varias. Simplemente un pelo largo castaño de los de toda la vida.

Tan pronto llegamos al Nadador nos juntamos con el resto, gente de clase, del insti, y bastantes de la uni porque es jueves y esos salen los jueves, no sé por qué. Tampoco me importa.

Pero me conviene.

Yo no llevo bebida, mayormente porque no bebo alcohol. Eso de perder el norte no me va. A mí me va controlarlo todo.

Mis amigas, en cambio, comienzan a mezclar zumos con vodka en los vasos de plástico. Miro alrededor buscando a mi presa sin dejar de escuchar el parloteo de mis conocidos.

A unos metros la veo. Rubia, monísima de la vida, con su minifalda y sus taconazos, sus uñas pintadas lo mismo que su cara. Divina de la muerte.

A su lado hay tres tíos, enseguida me doy cuenta de cuál es su objetivo. Uno de los altos, moreno, de complejión fuerte que parece babearle encima. Ella se roza bromeando contra su pierna, y sacude el pelo con la mano una y otra vez. Está nerviosa. Ese gilipollas la pone nerviosa.

Me fijo en él. La mira con ganas de metérsela en la boca, pero de cuando en cuando levanta la cabeza y observa a la peña.

De pronto su vista se clava en mí. No aparto la mirada, no sonrío, no toco mi pelo. Solo lo miro. Intensamente. Recorro su rostro, su pecho, sus piernas y me detengo en su paquete, despacio levanto la vista a sus ojos y alzo una ceja.

Sara es una presa fácil. Yo soy un misterio.

Tengo las manos en los bolsillos del vaquero. Sara se da cuenta de que ha perdido la atención de su ligue y le toca el brazo. Antes de que desvíe la vista a ella le ofrezco una de mis más cínicas sonrisas.

Ese estúpido es un universitario de unos veintiún años. Sara es la sexylady del insti que solo se codea con tipos de esa edad. Los demás deben de parecerle escoria o algo así y más bien algo así según las perlas que soltó en clase ayer.

Me tapan los ojos y yo me quedo quieta sonriendo con las manos todavía en los bolsillos.

-No seas niño Rois, tu colonia atufa en Chapela.

-¡Joder contigo! –Me suelta y se pone delante mía.

-La próxima, cambia de colonia o no te pongas nada.

-¿Nada de nada? –Le miro ladeando la cabeza apreciativamente.

-Bueno, no sé yo. Tal vez...

-¿De verdad?

-Se te podría hacer un favor. –Le digo seria. Él toma un buen trago de su bebida y de pronto frunce el ceño.

-¿Y me lo harías a mí? –La voz de un desconocido me hace girar la cabeza a la derecha. El ligue de Sara está ahí, sonriéndome. Vuelvo a ladear la cabeza antes de responderle.

-¿En qué favor estás pensando?

-Uno húmedo.

-Qué original. –Acerca su boca a mi oído para hablarme.

-Si te lo pidiera en seco, te dolería. –Giro mi cabeza y mis labios acarician su oreja.

-De cualquier manera, sería yo la que te haría gritar. Me gusta cuando gritáis. –Por un segundo le escucho tragar saliva y mi sonrisa le roza la mejilla.

-Hazme gritar todo lo que quieras. –Responde suavemente en mi oído.

Miro en dirección a la sexylady y compruebo que nos está taladrando con los ojos, sus otros dos acompañantes se esfuerzan en llevarse el premio sin mucho éxito.

-Sara te está esperando. ¿No querrás hacerle un feo? –Él no desvía la vista de mí.

-Ni siquiera sabía que se llamaba Sara.

-Tampoco sabes cómo me llamo yo.

-Solo me interesa si es que quieres que grite tu nombre. –Y se ríe. Yo también lo hago.

-Vuelve con ella. No quiero los restos de nadie.

-¿Eres una calientapollas? –El tono fue duro. Me río.

-No. –Me acerco a su cara desafiante. -¿Te he calentado la polla?

-Sí.

-¿Y ahora tengo que enfriártela?

-Sí.

-¿Entonces qué sería si lo hiciera?

-¿Una chica compasiva?

-¿Una puta?

-No pienso pagarte nada.

-¿Lo sabes hacer bien?

-Bastante bien.

-¿Sara lo sabe?

-Supongo. Tengo algo de fama.

-¿Me estás calentando tú la cona? –Nos echamos a reír. –Mira no quise calentarte nada. Solo quería joderla a ella un poco. Me tiene hasta las narices con sus babosadas.

-¿Soy un instrumento de venganza, entonces?

-Sí.

-¿Y si me vengo yo ahora de ti?

-Sería el cuento de nunca acabar, porque quien me busca, me encuentra.

-Un beso y estamos en paz.

-¿Eso no te calentará más? Luego no me llores. –Nos reímos de nuevo.

-Tienes mi palabra, un beso y tema de venganza zanjado.

-Okis. –Le apoyo las manos en el pecho y levanto lentamente la cara, rozo muy despacio sus labios y paso la lengua por ellos, su boca está abierta, preparada para mí. Sabe a licor, me acoplo a él y le meto la lengua, acaricio sus dientes, su lengua que se mueve contra la mía. Las manos se me hunden en su cabello y las suyas me toman por la cintura desnuda y tiran de mí hacia él.

Su lengua entra y sale de mi boca a un ritmo sensual. Se la chupo y la dejo ir. Siento sus manos en mi trasero y lo aprieta contra su miembro duro.

Lo suelto de golpe y lo aparto de mí.

-Sí que lo haces bien. –Le suelto enfadada.

-¿Quieres más? –Me dice divertido.

-Hoy no, gracias. Además, soy menor de edad, igual que ella. Tendrás que esperar un poco para que llegue el día.

-¿Eres virgen?

-¡No!, pero solo lo hago con menores.

-¿Y gritan?

-Sí. –Le dedico una sonrisa de las que pongo cuando me relamo mi helado favorito. Él frunce el ceño.

-¿Cuándo cumples los dieciocho? –Me parto de risa. Él no.

-¿Lo dices en serio?

-Sí.

-Pues en tres meses.

-¿Me das tu número?

-¡Ni de coña!

-En tres meses tenemos una cita. Recuérdalo. Quiero gritar contigo. –Me besa la mejilla y se aleja. A mitad de camino se gira y me guiña un ojo. No puedo evitarlo y me río. Cuando enlaza la cintura de Sara acepto el reto. No voy a permitir que esa idiota se crea que la ha elegido a ella después de besarme a mí.

Además, he mentido. Sí que follo con adultos.

-Ni lo pienses. –Es el consejo de Elva. –¡Selva! –Me sujeta el brazo.

-Nos ofendió a todos en clase. –Fue mi única respuesta.

-Es una payasa rellena de silicona. No está a tu altura.

-Vale, pero el tío ese me gusta.

-No está mal.

-¿Ves? –Le aparto el brazo. –Pues me voy a por él.

-Ten cuidado.

-Si lo ha elegido Sara es que no tiene más peligro que un buen polvo.

La dejo riéndose y me encamino hacia el cuarteto. El pavo ya le está poniendo la mano en el trasero a Sara.

Me coloco justo detrás de él, pegada a su espalda...y al resto. Me pongo de puntillas y le hablo al oído.

-¿Segunda oportunidad? –Él se gira un poco y me mira divertido.

-Ella está lista, y yo caliente. No voy a jugar.

-Entonces quédate con ella porque a mí me gusta jugar, morder, lamer y chupar. Soy demasiado traviesa para volverme un palo tieso cuando me tocan.

De inmediato, le suelta la cintura a Sara que frunce el ceño disgustada. Me coge a mí de la mano y sin escuchar las interjecciones de la sexylady me lleva a toda velocidad fuera de la plaza.

Parece muy empalmado y eso me da la risa. Los hombres son muy básicos.

-¿Vamos a algún sitio en particular?

-Tengo un piso alquilado justo en esta calle.

-¿Lo compartes?

-Tranquila, mi compañero se ha ido a su ciudad unos días.

-Genial.

Me mete en un portal y cuando entramos en el ascensor se lanza a mi boca y me mete la mano por debajo de mi top. Gruñe frotándose contra mí. Yo le pongo las manos en el trasero y aprieto. Eso le vuelve a hacer gruñir.

Cuando pellizca mi pezón yo le doy una palmada fuerte en una de sus nalgas. Se separa de mi boca con una sonrisa en los labios y las puertas del ascensor se abren. Se apresura en salir y abrir la puerta. Entro y veo un piso como todos. Él, ni enciende la luz. Me agarra de la mano y me lleva a un cuarto con una cama de uno cincuenta. Por lo menos está hecha.

Se coloca enfrente mía e intenta quitarme el top. Le aparto las manos.

-No va a ser rápido.

-No sé si puedo esperar.

-Va a ser explosivo. –Continuo sin hacerle caso. –Manos fuera. –Se las alejo de nuevo. En cambio le desabrocho la camisa, tan pronto tengo acceso a sus pezones le miro con una sonrisa y saco la lengua sin dejar de mirarlo. Le lamo uno, le lamo el otro, se lo sujeto con los dientes me alejo soltándolo suavemente y le saco la camisa del todo.

Mis manos bajan y le desabrocho el vaquero, él se quita rápidamente los deportivos.

-Eres muy malo. Y tengo que castigarte por no obedecer.

Le bajo la cremallera y le bajo el pantalón, aspiro su olor a través de su calzoncillo y froto mi cara contra su miembro oculto.

-Chico malo. –Le bajo el calzoncillo y su miembro se encara directo a mi boca. –Manos detrás de la espalda. –Me obedece en el acto. Saco la lengua y rozo su punta ya húmeda. La paso por toda su longitud. Chupo sus huevos y pongo las manos en sus nalgas. Se las azoto con fuerza y me lo meto entero en la boca, es grande y siento ganas de vomitar. Me tranquilizo y se me pasan cuando lo suelto y me lo vuelvo a meter.

Sus jadeos me señalan que está a punto, pero no quiero que termine así.

Lo suelto y le quito la ropa del todo.

-¡Zorra! –Masculla como si le doliera algo. Yo sé que es cierto que le duele. Me encojo de hombros sonriendo.

Me levanto y me voy a la cremallera de mis vaqueros. Me los quito lentamente porque son muy ajustados. Muevo las caderas a un lado y a otro y él no rechista porque no llevo bragas, está hipnotizado mirándome.

Cuando termino pongo mis dedos entre mi vulva y la acaricio suspirando de placer por la liberación de sacarme la ropa. Yo también estoy mojada. Le cojo la mano y se la coloco entre mis piernas. Enseguida me mete dos dedos en la cona que se deslizan dentro con facilidad.

-Más. –Me mete otro y profundiza. –Necesito algo más gordo. –Le acaricio la polla engrosada. – Algo como esto. –Me toma en brazos y me tira en la cama saltándome encima. –Ahora es tu turno, luego será el mío.

-Gracias. –Ante el permiso se pone un preservativo de encima de la mesilla de noche mientras yo abro las piernas mostrándome y tocándome. Aparta mis manos y se coloca sobre mí sujetando mis

caderas y alzándome con fuerza para dirigir su polla en mi interior. Entra con desesperación, se retira y vuelve a la carga gruñendo. Le sujeto un pezón y le doy una palmada en la nalga fuerte. Él me la devuelve metiéndose con todo su peso y empuje, se clava en mí completamente. Ahora jadeo yo.

Levanto las piernas más, él entra más profundamente y vuelve al ataque más rápido, más rápido. Le araño el culo, se lo golpeo, lo pellizco, me revuelvo, eso lo enloquece, suda y sigue incrustándose al colchón. Ya no controla la fuerza, no controla nada. Aprieto su miembro en mi cona, una y otra vez. Sus gruñidos y jadeos me satisfacen, lo estoy dejando K.O. aprieto sus nalgas con las uñas y grita. Su grito es como un aullido y la palmada que le doy le da más placer.

Se desploma sobre mí como si hubiera muerto. Su sudor me empapa. Recorro con las uñas su espalda y acaricio su trasero, siento que su miembro se mueve dentro de mí. Contraigo mis músculos acariciándolo también. Él gime.

-No hagas eso. -Me advierte.

-¿O si no?

-Empezaré de nuevo. -Lo hice otra vez. -Zorra...-Y otra.-Tengo que sacarme la goma. -Y otra. - Me estás matando.

-Vamos a verlo. Y no te preocupes estoy sana y tomo la píldora. ¿Estás sano tú? -Aprieto otra vez. Su miembro se comienza a engrosar.

-Eres...

-Quiero un orgasmo también. Tócame. Ahora te toca cumplir a ti. -Fue como un pistoletazo. Sale de mi cuerpo, se levanta y se va al baño. Vuelve rápidamente y me arranca el top de un tirón. Sus labios engullen un pezón y chupan hasta que grito, sus dedos entran y salen de mí y su pulgar roza mi clítoris al ritmo. Me revuelvo, pero no me deja escapar. He perdido el control de mi cuerpo. Me mantiene presa hasta que me corro y entonces me penetra con fuerza, está tan empalmado que no puede durar mucho, pero yo tampoco, entonces vuelve a desbordarme y me corro, no sé cómo lo hizo. Me agarro a su trasero para no caer de donde me ha subido y lo siento temblar y gemir al empaparme con su semen. Lo aprieto con mis piernas para no dejarlo ir. Y no se va. Se queda ahí hasta que lo libero.

¡Joder, tardo un buen rato en recuperarme! Nunca me había pasado.

-¿Quieres más? -Su sonrisa de macho satisfecho me hubiera satisfecho a mí en otra ocasión. Cuando yo controlo la situación. Y este no es el caso.

-Tengo que irme.

-¿Otro día?

-No repito.

-¿Vas marcando rayitas en una pared por cada tío que te tiras?

-¿Lo haces tú?

-Tienes razón, no llevo la cuenta. ¿Por qué no repites?

-¿Repites tú?

-No suelo hacerlo, ellas..., vosotras pensáis cosas raras si lo hago.

-Pues a mí me pasa lo mismo.

-Pero tú y yo podemos follar tranquilos porque somos iguales. Lo haces muy bien. Te deseo otra vez.

-Y yo a ti. También lo haces muy bien, cuando no estás demasiado empalmado.

-Estudiar me pone a cien.

-A mí me deprime.

-¿Uno de despedida?

-No. Tú has tenido lo que buscabas y yo también. Si quieres puedes hacérselo a Sara. Seguro que no te va a decir que no. Y seguro que se lo harás muy bien ahora que se te pasó la mayor parte de la furia.
-Me río mientras recojo mi ropa y me meto en el baño.

Me respaldo contra la puerta agitada, ese tipo es un peligro para mi salud. Pocas veces consigo que me provoquen un orgasmo y cuando lo hacen no es como estos, casi me disuelvo en sus brazos. ¡Joder!

Me visto a toda pastilla, estoy escapando, es verdad, pero me es igual reconocerlo porque puedo hacer lo que me dé la gana.

Me niego a que me acompañe y salgo de allí pitando.

En cuanto encuentro a mis amigas se me pasa el susto por haber perdido el control con el pavo ese y comienzo a reírme y a jugar, como hago siempre. Soy una chica divertida, qué le voy a hacer.

Sara se había ido con uno de los otros tíos según me informó María. Yo me río de todos. Esta gente es la hostia.

Elva es mi profesora espiritual y está superenamorado de Gaby, un chaval de la clase de al lado. Un chaval que me tira fichas un día sí y otro no. Se lo he dicho a Elva y ella casi me quita la palabra. Dice que no se me ocurra meterme con él o me agarrará de los pelos y me los arrancará.

Desde entonces ya no la veo como a una amiga, ni como a una profesora espiritual, sino como a una hipócrita que le gusta que le mientan.

El caso es que me gusta gustarle a Gaby, es un chico muy dulce en apariencia, pero yo tengo claro que dentro de él hay una oscuridad que me atrae.

El viernes quedamos en el Rouge después de ir al Náutico para que los chiflados de mis amigos-conocidos se emborrachen para poder bailar sin sentirse unos imbéciles redomados. Lo dicho, la peña está loca.

Yo bailo porque me gusta, y me importa un huevo que se rían de mí semejantes especímenes humanos.

Me gusta ser payasa, divertirme y dejar que las normas y reglas sociales se las coman con patatas los demás.

Y aquí estoy, moviéndome con el reguetón y el electro. Cuando bailo me olvido de todo, mi cuerpo fluye al ritmo y en momentos es sensual, en momentos divertido y en momentos eléctrico. Suelen rodearme e incluso aplaudirme, otros se ríen descojonados. Y yo descargo las pilas a toda leche.

Un tío se planta frente a mí, me sigue el rollo bailando. Lo hace bien. A veces me ocurre esto. Entonces me acoplo a mi pareja y damos un buen espectáculo. Lo mío son los espectáculos.

Cuando ya no puedo sudar más, me voy a la barra a pedir un agua. Sí. Con todos los cojones. Un agua. Y la bebo de un tirón. Cuando intentan pagármela, me niego. Yo no soy una puta y pago mis deudas. Miro al pavo que lo ha intentado y sonrío.

-¿Salimos? –Me dice esperanzado.

-No. Hoy vengo de caza. –Eso le hace abrir los ojos con sorpresa.

-Cázame a mí.

-Otro día a lo mejor. -Me retiro de la barra y me voy directa al grupo de amigos de Gaby, donde está él. Elva no se atreve a entrarle y él tampoco. Menudo dúo dinámico.

-¿Qué hay? –Le espetó al oído. Él se inclina porque es más alto que yo.

-¿Ya no bailas más?

-¿Quieres que me vaya?

-No. Es que me gusta verte.

-¿Por qué así aprendes a hacerlo tú?

-Me has pillado. No sé bailar.

-No quieres que la gente se ría de ti que no es lo mismo. Seguro que en casa te hartas de menearte.

-Seguro. Me has pillado otra vez.

-¿Salimos? –Él no responde, simplemente deja su bebida y me sigue. Ha sido demasiado fácil. Elva se interpone en nuestro camino al momento.

-¿Os vais? –Pregunta como si no lo supiera.

-Sí. –Respondo yo divertida. A ver cómo sale de esta.

-Yo también quiero tomar un poco el aire.

-¿Tú quieres tomar el aire o morrear conmigo? –Le suelto a bocajarro a Gaby. Elva aprieta los puños y frunce el ceño. Gaby no sabe qué contestar. –Entonces ve con ella. –Pongo la mano dándole paso.

-Prefiero morrear contigo. –Dice por fin. Miro a Elva triunfante y me voy con su querido del alma. Seguro que ya no es tan querido. A veces la peña aprende por las malas.

Capítulo 2

He descubierto que tengo una fama que me precede. Los tíos se desviven por complacerme y las pavas me miran mal. Excepto una. Creo que le gusto. ¿Será lesby?

Iris está en mi clase, nunca cotillea con el resto, tampoco es que se meta un libro en las narices ni sea tímida. Solo que escucha y se calla lo que piensa.

Yo bromeo a diestro y siniestro. Elva no me habla, Gaby me mira cómo si le perteneciera, él y muchos otros. ¿Qué pasa con la gente? ¿No se puede follar o morrear sin que haya de por medio eso que llaman amor? A mí me gusta el flirteo, me gusta que me follen bien, o mal, porque me gusta hacer perder el control a los pavos. Me divierto así, ¡qué le voy a hacer! ¡Tampoco prometo amor eterno, solo un orgasmo con un poco de suerte!

Me siento al lado de Iris, ella me mira extrañada.

-Hola. –Le digo remilgadamente. Ella se ríe y yo también. –¿Cómo vas?

-Selva, no empieces conmigo por favor. –Me suplica sardónica. Esta tía me chifla.

-Es que el resto no me quiere cerca.

-¿Será porque les levantas a los tíos?

-Iris, te aseguro que hasta el momento no he violado a nadie. Han venido por su propia voluntad.

-Ya. Pero tal vez quieran algo más de lo que tú estás dispuesta a ofrecerles.

-¿Vas a reemplazar a Elva como mi consejera espiritual?

-Espero que no. Lo único que quiero es que te sientes más lejos de mí porque me gustas y no te quiero para un polvo. De modo que necesito desintoxicarme de un ser pernicioso como tú para mí.

-¡Que puta sinceridad de la hostia! ¿Y amigas?

-No creo que sepas lo qué es eso.

-Podemos probar.

-¿Qué parte de me gustas no has entendido?

-¡Ah! Pues nada. Me retiro. –Me levanto de la silla y busco acomodo al fondo de la clase. En ese instante entra la profe de mates. No sé porque no me metí por letras.

De modo que le gusto y por eso no puede ser mi amiga. ¡Esto es de locos! A mí me gustan muchos y puedo ser perfectamente amiga de ellos, después de tirármelos, claro.

¿A ver si voy a ser una rarita?

Pero no. Sara se la menea a diestro y siniestro y nadie le dice nada y tiene amigas y todo. ¿Cómo lo hace?

En el recreo me voy directa a la sexylady y me planto delante dejándola con la palabra en la boca. Sus dos amigas se apartan sin dejar de mirarnos. Ella frunce el ceño.

-Hoy no tengo a nadie que puedas quitarme. –Me suelta de sopetón.

-Necesito que me expliques cómo lo haces.

-¿Lo qué?

-Tirarte a todos los que te gustan, soltar los insultos que quieras y seguir siendo popular.

-Los que se pican por mis palabras ajos mastican. Y, a diferencia de ti, yo no robo pavos.

-No te lo robé. Él eligió.

-¿Gaby también? Sabías que le gustaba a tu amiga.

-No estaban saliendo.

-No es excusa. Ella lo eligió primero.

-Entonces los tíos que me dicen que son propiedad de otras, aunque ellos no lo sepan, están prohibidos. Vale. Más reglas.

-¿Eres tonta?

-¿Me quieres de enemiga? –Pareció pensárselo unos instantes.

-¿Lo hiciste adrede?

-Claro. Tú soltaste unas lindezas a la peña que me disgustaron.

-Me castigaste con Sebastián.

-¿Se llama Sebastián? ¡Hostia, si lo sé no me lo tiro!

-Él me gusta.

-Pues aprovecha. Folla bien. Pero no creo que saques nada más de ese flipado.

-Esta conversación sí que es de flipados. Por favor déjame en paz.

-No puedo, necesito saber qué hago mal. A mí me gusta reírme de todo y si sigo así nadie me mirará a la cara.

-Si aún te miran a la cara con casi dieciocho es que no lo has hecho tan mal hasta el momento.

-Hasta este año estuve en un zulo de monjas y me tuve que morder la lengua más de una vez y no veas lo cabronas que son las tipas allí.

-¿Y no te defendías? Me extraña.

-Se las metía doblada a todas, pero nunca sospecharon de mí. Para ellas era un goth. –El timbre sonó entre las dos.

-Mañana en el Náutico podemos vernos. Me gustaría que me contaras más cosas de tu zulo de monjas. –Se fue sonriendo. Creo que, increíblemente, he hecho una amiga.

¿Están flipados todos o no? ¡Es la hostia!

Otro flipado más. Mi padre se ha levantado con el pie izquierdo, o qué sé yo. Cuando desayunamos me ha dicho que tengo que ponerme a trabajar.

¡Trabajar! ¡Qué he hecho para merecerme esto!

Pues nada, yo me he callado. Lo que suelo hacer siempre que mis progenitores quieren algo de mí. Por experiencia sé que hablar provoca problemas. A mí me va más lo de ser sibilina. Para trabajar hacen falta dos, uno que emplea y otro que acepta y yo no pienso aceptar.

¡Ni siquiera he terminado el insti! Pero José es de los que quieren hacer sudar a sus hijos y como solo tiene una, pues me ha tocado la lotería.

Esta gente que se ha hecho a sí misma, como le gusta decir a él, pretende que el resto lo imite a pies juntillas. ¡Tócate los huevos!

Y mi progenitora, Olga, que anda de aquí para allá con sus amiguísimas del alma, nunca tiene tiempo para ejercer de nada, ni siquiera de madre. Eso sí, si necesito comprarme algo, la tengo a mi disposición así tenga que andar cuatro días comprando sin respirar.

¡Es lo que pasa cuando hay pasta gansa para tirar por ahí!

Y a pesar de eso a José se le ocurre que tengo que trabajar. Le he puesto la cara de seria que uso con él siempre que se pone en plan mandón y me he comido dos magdalenas de un bocado, bueno de dos.

Sé muy bien a qué viene todo este rollo, mi salida del zulo de monjas no le sentó nada bien, pero yo ya no aguantaba más, defenderme de esas víboras me fatigaba al extremo de sufrir las consecuencias en mis notas y eso, José no lo podía aceptar. Por suerte lo convencí de que el nivel era muy bajo y de que los insti públicos dan más caña y por el momento, en este primer curso que hago, y último porque de aquí me iré a la uni, voy lanzada con las notas.

Él se informó primero de lo del nivel alto, y me metió en uno de los insti más cañeros, de los que se toman muy en serio lo de la Abau y yo le estoy dando caña a porrillo.

Estudiar no me disgusta, es fácil, tengo bastante memoria y a la postre todo consiste en eso, tener memoria, lo de entender las cosas ya son palabras mayores. ¡Pero así está la cosa en esta sociedad maravillosa de Alicia en el país de las maravillas!

Y, aunque, le he demostrado que era verdad lo que decía, no le llega. Debe de pensar que en cuanto entre en la uni volveré a caer en picado con las notas y cree que, castigándome con un verano de mierda, aprenderé la lección del rey león de así es la vida.

Qué hipócrita es el personal. José sabe muy bien cómo es la vida, lo mismo que lo aprendí yo en el zulo de monjas. Mentiras y más mentiras. De modo que estoy aprendiendo a mentir. Voy a practicar frente al espejo la sonrisa de sumisa que le encanta al personal.

Y así me los voy a cargar a todos. Empezando por mi intransigente papi.

Acción-Reacción.

Eso mueve el mundo de verdad. Y no hay más verdad.

¡Y no os lo perdáis, me falta lo mejor para contaros! ¡Casi se me olvidaba! ¡Es que es la hostia!

Me ha dicho mi progenitor que ya va siendo hora de que tenga un novio. Y que me va a presentar a gente. ¡Me va a presentar a gente!

Tuve suerte de que ya me hubiera comido las magdalenas porque se me hubiesen atragantado con la risa. Que poco me conocen mis padres. Me parece que hasta se creen que soy virgen.

Me miro al espejo y encajo la pose de sonrisa-sumisa. Soy la hostia yo también.

Mentiras...

En el Náutico aparezco de la nada, me he puesto divina de la muerte porque voy a codearme con la sexylady y no quiero ofenderla con un look cutre. Olga me ha ayudado esta vez, después del sermón de José sobre novios, a los dos les ha parecido buena idea disfrazarme para que pille a algún incauto esta noche.

Elva abre la boca y no la cierra, varios pavos me detienen para que les preste atención. Yo compongo la expresión sumisa de la muerte y los dejo K.O plantados mientras me dirijo, directamente hacia mi nueva compinche. Ella me mira apreciativamente. Minimísima falda, superajustada, taconazos de marca, top absolutamente caro que descubre sin descubrir mis maravillosas y turgentes tetas y mi peinado sacado de un anuncio de cabellos ondulados. Hasta llevo las uñas pintadas, de las manos y de los pies. Olga no encontró nada más que pintarme después de acabar con mi cara. Parece que tengo veinticinco años. En fin, esta sociedad requiere disfraces de los más absurdos.

-¡Estás impresionante! –Por lo menos no mastica la envidia, como harían otras. Ya no me parece tan mala gente esta Sara.

-Gracias, no quise hacerte un feo viniendo a ti como una piltrafa.

-Con tal de que no me hagas el feo con Sebastián, me llega.

-¡Aun sigues con eso!

-Ya ves, soy persistente.

-Vale, ese tipo es agua pasada, yo nunca repito. -Y menos con ese.

-Mejor.

-¿Entonces me vas a enseñar a ser como tú?

-No sé cómo hacerlo, pero lo intentaré.

-Solo dame las reglas.

-Por ejemplo, a las chicas les gusta que las alabes.

-¿Cómo acabas de hacerme tú?

-Exacto. –Nos reímos. De pronto estamos rodeadas de tíos. Sara está muy acostumbrada a llamar la atención. A mí me va más lo del espectáculo a secas.

-¿Y cómo sabes cuál le gusta a tus amigas?

-Para no meter la pata, antes me informo de los cuchicheos, las chicas cuentan cosas sobre ellas, a todos les gusta hablar de sí mismos.

-Regla dos. Escuchar.

-Exacto. –Tengo que callarme porque uno de los tíos comienza a hablarle. No es un buen sitio para contarnos reglas. Es un sitio para observar a la maestra. Me limito a sonreír sumisamente, claro, asiento y me toco el pelo una y otra vez. Y dejo el peso de la conversación a Sara.

-¿Qué coño haces? –A mi lado aparece el Sebastián. ¿Se puede tener más mala suerte?

-Me empapo de sabiduría popular. Y no te me acerques, a la maestra le gustas y no quiere competencia. –Este me va a joder mi amistad con Sara.

-No tengo complejo de cosa.

-Pero tienes el nombre de un niño pijo y ahora mismo les estoy haciendo la cobra a todos los pijos.

-Eres rara de la leche.

-Del carajo. ¿Ves cómo eres pijolas?

-Tenías razón. –Lo miro sorprendida. –Me vas a hacer gritar. –No puedo evitarlo, de la sonrisita de niñaata sumisa surge una carcajada. ¡Mierda, Sara se ha dado cuenta de que ha aparecido EL HOMBRE!

-Mira Sara, es Sebastián.

-Hola. –Ahora se hace la tímida. Debe de ser la regla tres. Timidez extrema a los lobos. Claro, luego se les tira a la yugular. Es la leche esta Sara. ¡Cuánto estoy aprendiendo con ella!

-¿Puedo hablarte un momento? –Sebastián la coge del codo y se la lleva aparte. Y yo me quedo con seis tíos, todos para mí solita. Pero no puedo hacer nada porque no sé cuál de ellos está de verdad disponible. ¡Que cojones de reglas!

Les escucho, les sonrío, mostrando timidez, y espero que ninguna de alrededor me mire mal. Me han ofrecido de todo, maría, alcohol, pitos..., yo preferiría un buen bocata de jamón con tomate, pero qué se le va a hacer. Lo de comer no es full.

-Puedes irte con él. –Son las tristes palabras de Sara. Yo frunzo el ceño. Sebastián está detrás mía. ¡Me la ha jodido el tío!

-¿Me echas de tu lado? –Sara sonrío desganada y sacude la cabeza derrotada. Ese Sebastián no quiere ser una cosa, pero me trata a mí como si yo lo fuera. Se la ha quitado de encima y pretende tenerme dispuesta para él. ¡Menudo pijo idiota! No sabe con quién se ha metido.

Coloco las manos en ambas mejillas de Sara. Le acaricio con los pulgares la zona cercana a los labios. Ella suspira mirándome a los ojos y de pronto me abalanzo sobre su boca.

La beso para consolarla, para darle mi apoyo y porque me gusta joder a todos esos estúpidos y a todas sus estúpidas reglas.

Sara no me detiene. Escucho silbidos y jadeos, interjecciones de sorpresa. La dejo despacio, pidiéndole perdón por si le he faltado y luego la abrazo. La suelto de golpe.

-¿Me echas de tu lado? –Le repito. Ella niega con la cabeza y los labios húmedos, sus ojos brillantes y una titubeante sonrisa en la boca.

-Eres muy especial, ¿Lo sabes?

-Creo que soy muy rara, ¿lo sabes tú? –Nos reímos. Y cuando volvemos la atención a nuestro alrededor nos encontramos con varios pasmarotes, Sebastián incluido. –¿Cuál es la regla a seguir ahora?

-Me has descolocado. Se deben de pensar que somos lesbis.

-¡Te he jodido la reputación de sexylady! Lo siento.

-No me has jodido nada. Solo me consolabas, ¿verdad?

-Claro.

-A tu manera.

-Claro.

-Regla tres.

-No. Regla cuatro.

-Vale. Un abrazo llega para consolar. O sea, muestra poco tus sentimientos reales.

-Regla cuatro. Fingir.

-Eres muy graciosa.

-Soy práctica de cojones.

-Sebastián ya me ha aclarado que no quiere tener rollos conmigo, y yo lo he aceptado.

-Entonces a por otro. ¿Cuál es el tuyo de todos estos? –Sara se empieza a reír a carcajadas, su risa me hace reír a mí y nos tronchamos.

-¿Puedo hablar contigo un minuto? –Sebastián no se rinde. Me giro y levanto la barbilla, él intenta cogerme del codo como le hizo a Sara antes, yo lo aparto.

-Aquí me puedes hablar muy cómodamente.

-Vale. ¿Me tienes rabia? –“No cariño te tengo pánico”

-No estoy disponible para ti. No quiero tener rollos contigo, me parece que no entendiste cuando te dije que no repito porque los tíos os metéis ideas raras en la cabeza. Búscate a otra come pollas y piérdete. Pero no estoy enfadada contigo ni te tengo rabia, es que estoy en un proceso de aprendizaje ahora mismo y ya que no me lo cobran, tengo que aprovecharme. ¿Satisfecho con la explicación?

-Me estás devolviendo las palabras que le dije a Sara.

-¿Ya te sabes su nombre? ¡Great! Pero no te devuelvo nada, todo esto te lo dije el primer día, nada ha cambiado.

-No sé el tuyo. –Alzo una ceja preguntando. –Tu nombre.

-Ni te hace falta saberlo. Ya no lo vas a gritar, por favor olvídate de mí. Solo fue un rollo de una hora. ¡Joder!

-No me ha llegado.

-Pues a mí sí. –“Para toda la vida, yo no vuelvo a perder el control y punto”

-¿Qué pasa contigo?

-No. Mejor, qué pasa contigo. Eres tú el que se las folla y las olvida, ¿recuerdas? Pues practica conmigo un poco.

-Tú eres distinta a las otras.

-Vale, y no veas los problemas que tengo con eso, por eso ella me está ayudando.

-No te entiendo nada. Por favor, ven conmigo a tomar algo. ¿A comer?

-¿Me lees el puto pensamiento? –Mi estómago ruge rabioso el muy traidor.

-¿Tienes hambre? –Sonríe como el gato que se va a comer al ratón. Me vuelvo a Sara que esta de jajás con los seis al tiempo. Esta sí que sabe.

-¿Te parecería mal que me fuera a comer un rato con este pesado? A ver si me lo quito de encima de una vez.

-Ya sabes que puedes hacer lo que quieras.

-¡Mentirosa! ¿Qué regla es esa, mentir?

-A ver, puedes hacer lo que quieras mientras cumplas las reglas.

-Alabar, escuchar, fingir timidez, y fingir a secas.

-Mira que eres tremenda. Alabar, escuchar, no demostrar los sentimientos más íntimos y ya está. De momento.

-Vale. Lo pilló. Fingir ser tímida es ocultar que somos unas trepas de cojones que es lo mismo que fingir que no estoy agradecida, furiosa, o aburrida. ¿Okey?

-Exacto.

-¿Cuándo dices exacto quieres decir sobresaliente o aprobado raspado?

-¡Vete de una vez que vas a aburrir a estos y se van a ir!

-¡Pobrecita mi niña! –Casi le doy un sonoro beso en la mejilla cuando recuerdo la regla trespuntuocuatro. La dejo riéndose y me giro hacia el pijo.

-Pues vamos señor de los pelmas. –Sebastián me coge de la cintura para ayudarme a salir del bosque de gente bamboleante y de mi precario equilibrio sobre mis taconazos. Pero seguro que él lo hace para marcar territorio. Estos hombres...

-Ya puedo yo sola, gracias. –Le aparto la mano.

-Tu lealtad por tu amiga de la venganza me abrumba.

-¿Tienes que hablar así?

-No. Puedo decir que eres una hipócrita de los cojones.

-¡Esa me gusta! Y sí. Esa es la regla trespuntuocuatro. Fingir, sinónimo de hipócrita, falsa y demás. Me gusta.

-Estás loca.

-Que no me entiendas no quiere decir que lo que digo no tenga sentido al menos para mí y alguno más. Los que dejo dentro de mi gente íntima. En este momento Sara es la única que está en ese grupo.

-¿Qué coño tienes con esa? ¿Te gusta?

-No pienso tirármela, si te refieres a eso. -Me sienta en una silla de fuera de una bocatería. - Pídemelo completo. -Levanta la mano y al instante aparece una chica superdispuesta a servirlo. De hecho, se marcha pitando.

-¿Entonces porque me apartas por ella?

-¡Otra vez, dale que te dale! No es por ella, es que no repito.

-¿Tienes miedo de engancharte a mí? -¡Y va y da en el puto clavo el tío!

-Pues sí. Lo haces muy bien, te aplaudo y te bendigo por los superorgasmos. Y ya está. Tengo miedo. ¡Hostia, me he saltado la trespunto cuatro! ¡Joder! -Él sonrío encantado por mi sinceridad.

-Te gusta comer, te gusta follar, tenemos muchas cosas en común. ¿Podemos hacer una tregua?

-Ni de coña.

-Por lo menos dime tu nombre. -Llegan los bocatas. La boca se me hace agua y el pesado este no deja de darme la brasa. Cuando voy a coger el bocadillo con cara de éxtasis, sus manos me lo impiden. Lo miro rabiosa.

-Es mi bocadillo, lo voy a pagar yo y me lo voy a comer ahora.

-Si me dices tu nombre.

-Selva.

-¡Selva! -Le quito el bocadillo de las manos y le largo un mordisco gigante. -Te va que ni pintado. La salvaje Selva. Me gusta. En realidad, me gusta todo de ti.

-En eso estoy. -Le digo con la boca llena. -En gustar a la gente y es bien difícil.

-Me gustarías más si no me hicieras la cobra constantemente.

-Bueno, no se puede agradar a todos. Además, lo que yo necesito es que me enseñen las reglas del juego social. Me he pasado varios años fuera del juego, y estoy viendo que en poco tiempo me van a apedrear. Menos mal que no vivo por donde se apedrea a la gente, porque yo llevaría el premio gordo. ¿No comes? -Mi bocata esta por la mitad. Le doy otro bocado. Menos de la mitad. Él se ríe y comienza el suyo.

Por fin se calla. En el bendito silencio me termino mi comida y me bebo de un trago el refresco de naranja. Mi panza está rebosante y satisfecha. Ya puedo zanjar el tema del pijo y marcharme junto a Sara. Aunque dudo mucho que esté ya en el terreno de juego. Seguro ya está morreándose con alguno.

Tengo que preguntarle que se puede hacer para librarse de pelmas pijos.

-Y ahora me vas a explicar qué es toda esa parafernalia de las reglas y el juego social.

-No gasto saliva con gente que no puede ayudarme.

-Pruébame.

-Me va bien con Sara.

-¡Joder con la Sara de las narices!

-En mi mundo tú estás celoso de Sara, ¿lo estás?

-Sí. La besas hambrienta y no paras de hablar de ella.

-No me van las tetas ni las conas, ya te lo he dicho. No tienes por qué celarte de ella, en caso de que fuera lógico que yo te provocara algún tipo de celos que es flipante que sea así después de una simple hora.

-Quiero estar contigo y conocerte mejor, follarte y el resto. Y nunca me ha pasado con ninguna mujer. Así que cualquiera que llame tu atención, me provocará celos porque quiero ser yo quien te la llame.

-Vale, pero como yo tengo miedo de sucumbir a tus innumerables encantos, no voy a dejar que me conozcas de ninguna manera y esta será la última vez que quede contigo, de modo que dicho lo dicho si vuelves a darme la brasa lo tomaré como acoso y entonces vas a tener un problema conmigo porque ya te dije una vez que quien me busca, me encuentra.

-Al contrario que tú, yo no te tengo miedo.

-Mejor para mí. Cuando te dé, ni te enterarás por donde te ha venido el golpe.

-Me estás desafiando, amenazando y todo porque crees que si volvemos a follar te harás adicta a mí.

-Como diría Sara, exacto. –Me pongo en pie y él se levanta también cogiéndome el brazo para que no entre a pagar.

-Ya lo hice yo.

-Pues que te quede claro que no te lo agradezco y no te debo nada.

-Solo es un bocadillo Selva, nada más.

-Okis.

-Te acompaño donde tu amiga de la venganza.

No le dirijo la palabra hasta que no encontramos a mi grupo. Por supuesto Sara no está ya por allí. Pero sí que está Elva. Sacudo la mano despidiendo a Sebastián y sin ver si se va o no, me acerco a Elva. Ella me nextea flagrantemente. Yo me coloco de tal forma que no puede esquivarme.

-¿Me odias?

-Déjame en paz.

-Siento mucho lo de Gaby, no debí hacerlo. –Aplicación de regla trespuncuatro. –No quiero hablarte mal de él, pero tú eres mucho mejor que nosotros dos juntos. No te has perdido nada. Lo siento Elva, nunca más me acercaré a un tío que te guste.

-Toma. –Un pavo de pelo rizado le ofrece a Elva un vaso con una sonrisa esplendorosa que se queda en el aire al verme a mí.

-Bueno, tengo que irme y gracias por conseguirme lo que te pedí, eres lo más. Te quiero Elva, pena que no seas también lesby como yo. –Le agarro la mano y se la aprieto mirándola para que comprenda que estoy fuera de juego con los tíos que le entren. Ella me suelta la mano sorprendida y se vuelve al chaval para coger el vaso que pende de su mano.

Y ya está. Me largo con viento fresco y tres reglas cojonudas.

No bien pongo un pie en la acera descubro a Sebastián montado en una alucinante moto. Me está ofreciendo un casco con una sonrisa en los labios.

-Te llevo a tu casa. –Considero la oferta, si llego a casa en taxi, mis padres se quedarán defraudados después de todo el dispositivo cazaincautos que desplegamos, pero si escuchan el motor de esa moto...

-Vale. –Le cojo el casco y le digo la dirección. No se sorprende de la zona, Cabo Estai. Me cuesta subir con la minimísima, menos mal que es muy elástica también, de cualquier manera...en fin menos mal que su cuerpo me cubre las vergüenzas.

Arranca en cuanto me sujeto a las agarraderas y se desliza suavemente por el asfalto (¿a que me ha quedado chula la frase? Debí haberme ido por letras)

-Sujétate a mí. –Me suelta por el pinganillo del casco. Temiéndome cualquier barrabasada suelto las agarraderas y me pego como una lapa a su espalda. Le rodeo la cintura con los brazos y de repente navegamos por el asfalto tomando las curvas igual que un barco el balanceo del agua.

Me gusta ir con él en moto.

¡Alto!

No quiero que me guste. No puede gustarme.

No pienso quedarme atrapada en una relación estúpida con un pijo idiota. ¡Ni de coña!

¡Pero joder cómo me gusta dejarme llevar por la potencia de la moto y la fuerza de su cuerpo! ¡Joder! ¡Joder!

He disfrutado como una enana en esa moto. Me he excitado y el roce de mi tanga contra el asiento no ha ayudado nada, seguro que se lo he mojado. La minifalda es un trozo de tela que casi no me cubre las partes. Menos mal que es de noche y vamos a toda leche.

Cuando se detiene frente al chalet de mis padres estoy un poco mareada y me tiemblan las piernas de la emoción y la excitación. A ver cómo aplico la trespunto cuatro ahora. Me bajo deprisa para que no se fije en mi tanga rojo y me bajo la falda antes de quitarme el casco.

Su mano me recoge el casco y la otra me sujeta la cintura. Se lo agradezco porque casi me caigo para atrás.

-Rojo, ¿en serio? Hoy tendré sueños húmedos por tu culpa. –¡Lo vio! ¡Es que a los hombres no se les pasa una, las pillan al vuelo!

-Y creo que yo te he humedecido la moto un poco. Así que estamos a la par.

Su risa me gusta también, es sincera. Se quita el casco y lo coloca con el otro en el maletín de detrás. Se baja de la moto y se quita el guante, entonces desliza la mano por el asiento donde yo puse el

trasero y luego se la huele cerrando los ojos. Abre la boca y pasa la lengua por toda la palma saboreándome. Siento un pinchazo en la cona tremendo y jadeo sin darme cuenta. Pero él sí se ha dado cuenta porque no me ha perdido de vista mientras lamía mi excitación.

De pronto me sujeta la nuca y me besa.

Lo beso.

Estoy volando.

Se me han ido de la cabeza las ideas.

Cuando me suelta, me doy cuenta de que lo tengo agarrado por el pelo y me cuesta soltarlo.

¡Que puto peligro!

Doy un brinco hacia atrás y mis tacones apenas me sujetan. Él atrapa, en el último segundo, mi mano e impide que caiga despatarrada al suelo.

En cuanto me estabilizo, lo suelto.

Lo miro disgustada, nunca había perdido el control, nunca había dejado de pensar, pero con este parece un hábito.

-Tengo que entrar. -¡Menuda despedida de mierda!

-También tienes miedo, estás temblando. -Dice divertido.

-Ya te dije que eres un peligro para mí. -Me doy la vuelta y pulso el mando que abre la puerta de mi casa. Entro a toda pastilla y suspiro de alivio cuando escucho como se cierra.

La figura de José se recorta en la planta alta donde está su habitación. Me obligo a caminar despacio y sosegadamente, como si fuera normal todo, como si todo estuviera bien. El rugido del motor de la moto de Sebastián encubre los taconazos de mis zapatos contra el suelo y los latidos de mi estúpido corazón.

Cuando consigo llegar a mi habitación cierro despacio la puerta. Me quito los zapatos y me tiro en la cama.

Tengo lágrimas en los ojos, son de impotencia y de disgusto. Y ni siquiera puedo echarlas para fuera.

Recuerdo entonces cuántas veces me obligué a no llorar cuando las víboras se metían conmigo, cuántas veces tuve que esperar para vengarme, la satisfacción de hacerlo, el dolor que les provoqué, quizás mayor que el que me provocaron a mí. Pero me daba igual, se lo merecían todo.

No pienso darle el poder a nadie para que me haga daño. No lo haré nunca y punto.

Rabiosa me quito toda la parafernalia y me meto desnuda entre las sábanas.

No pego ojo en toda la puta noche.

